

Las páginas que siguen a continuación encabezadas con el título “DESTINO: FRANCIA” han sido escritas para hacer un homenaje muy especial a mi padre por sus más de veinte años de emigración, y a mi madre porque ha sido siempre su compañera inseparable, pese a la distancia que algunas veces les separaba, y sobretodo porque han sido unos padres ejemplares, de los que yo me siento muy orgulloso.

Quiero dedicárselas también a mi mujer, porque a sus trece años sin ser emigrante empezó a sufrir las consecuencias de la emigración por haberme conocido.

A mi hermano, por todas las experiencias vividas juntos.

Y lógicamente a todos los que alguna vez hayan tenido la necesidad de emigrar.

Cosme Moreno Bonilla

DESTINO: FRANCIA

La Historia que voy a contar fue protagonizada por una de tantas personas que allá por los años 50, primero sólo y después con su familia, se vieron en cierto modo obligadas a ejercer la profesión de emigrante, por lo que al contar su historia, cuento la de todo aquel que se vio envuelto en similar situación. Con ello trato de rendir un pequeño homenaje a todas esas personas que tuvieron que dejar su casa, a su familia, bien temporalmente, o bien trasladando su residencia con los suyos definitivamente a otro lugar de nuestra geografía, o incluso a otro país.

Esta historia tiene su consecuencia directa en la situación de penuria en la que vivía un gran número de familias de esta tierra. Una tierra con recursos y riquezas, a todas luces suficientes para dar de comer a todos los que en ella moraban. Recursos y riquezas desaprovechadas y mal distribuidas por la desidia y el conformismo, o por la falta de ideas, de preparación, de solidaridad de los que tenían en sus manos la posibilidad de explotarlos.

El protagonista de nuestra historia, al que he hecho alusión al principio fue mi padre. Se llamaba Fernando Moreno, al que no le faltaba un apodo como a cualquier persona de pueblo en nuestro país. Todo el mundo le conocía por Fernando “*Madruga*”.

Mi padre era uno de tantos jóvenes de Torredonjimeno que además de pertenecer a una familia de clase pobre, tuvo la mala suerte de crecer, al igual que muchos de su generación, sin padre. Se quedó huérfano porque una enfermedad se llevó a mi abuelo, pero la mayoría de los huérfanos lo eran debido a nuestra vergonzosa guerra civil del 36. Las consecuencias para todos ellos fue la misma: una pobreza extrema derivada de la falta de oportunidades, como el acceso a la cultura, o de la posibilidad de aprender un oficio distinto del que aprendieron todos: el del campo, como siempre se ha dicho.

Esa situación de orfandad paterna les obligó a todos a incorporarse a edad muy temprana al mundo del trabajo, obligados a realizar jornadas largas, mal remuneradas y sin continuidad.

La historia no fue muy diferente para los que tuvieron la suerte de tener a sus padres. La falta de oportunidades y la mentalidad que imperaba, unida a que una parte considerable de la población rural vivía en cortijos, hacía que la incorporación al mundo laboral fuese a muy temprana edad, lo que propiciaba un analfabetismo casi general.

Aquella forma de vida tuvo como resultado la formación de una generación de jóvenes que sólo han sabido trabajar a las órdenes de otro, aceptando los más diversos trabajos para los que no era necesaria cualificación alguna. Todo se traducía en trabajar y trabajar. No había demasiado tiempo para el ocio, ni para la relajación o el divertimento.

Para los que vivían en cortijos la vida era bastante monótona, aunque no faltaban ocasiones para hacerla más atractiva y llevadera. La falta de unos medios de locomoción adecuados y rápidos impedía desplazamientos habituales al pueblo. Sólo la necesidad de aprovisionamiento o de ver a la novia hacía que después de una larga y dura jornada de trabajo se aventurasen a dar un paseo a excuso de varios kilómetros andando o montado en un mulo si se disponía de él.

A sus veinte y pocos años, mi padre ya había participado de todo lo que he descrito. No se había privado de nada en lo que se refiere a trabajar. Ya había cosechado para sí la experiencia de trabajar fuera de su tierra. Primero estuvo en Vitoria trabajando en la construcción de un pantano. De allí y sin pasar por Jaén se trasladó a Burgos como agostero, y después estuvo en las minas de carbón de Asturias, en concreto en el Pozo Fondón. De su estancia en Burgos nos contaba una anécdota que nos hacía reír, y fue que le dieron una pala para que cuando fuese a trillar con los bueyes, tuviese el cuidado de que cuando les entrase ganas de hacer sus necesidades, con la pala evitase que todo cayese en las mieses. A nosotros nos hacía mucha gracia figurarnos a mi padre trabajando y además pendiente de lo otro.

A pesar de todas esas idas y venidas, tuvo tiempo de buscarse una novia. Fue Edilia, y se convirtió en su mujer y en mi madre.

El nombre de mi madre puede parecer un tanto raro. De hecho no existe en el santoral. Mi abuela contaba que ese nombre no era católico y que el cura no quiso ponérselo. Al final para bautizarla tuvieron que ponerle María Edilia Consolación. El nombre fue idea de mi abuelo y se lo puso porque era el nombre de una mujer republicana que debió adquirir cierto renombre como tal. El y dos amigos suyos decidieron ponérselo a sus hijos. Uno tuvo un varón y se tuvo que llamar Edilio.

Mi madre no tuvo al nacer, ni después de nacer mejor suerte que mi padre. A los siete años se quedó huérfana de padre. La situación hizo que tuviera que dejar la escuela y ponerse a servir, las más de las veces por la manutención. Con eso al menos se quitaba el hambre de encima que en aquellos tiempos hacía estragos.

Con las ilusiones de toda pareja de novios, pero con un futuro un tanto incierto, mis padres se casaron en el año 1955. Hacía 16 años que había terminado la guerra, pero sus efectos no habían desaparecido, tanto en lo económico como en lo social. En lo social, todavía y durante algunos años más no desaparecieron los rencores. Cuando se hablaba del vecino se hacía encasillándolo en uno u otro bando, haciendo las más de las veces referencias a su comportamiento en los años que duró la guerra y durante la postguerra. Como era de esperar, porque eso es lo que ocurre en cualquier guerra o cuando ocurren situaciones de catástrofe, el más perjudicado siempre es el más débil, y el más débil generalmente es el pobre. Mis padres pertenecían a esa clase. Lo único que tenían a su favor es que eran jóvenes y tenían ilusiones y ganas de trabajar.

La boda de mis padres fue muy simple, demasiado simple. Tan simple como que no pudieron comprarse un traje de novios, ni pudieron celebrar el evento con una pequeña invitación, ni immortalizarse en una fotografía. Pero eso no era lo más grave. Se casaron y no tenían muebles ni vivienda. Mi padre contaba que el día que se casaron cada uno se fue a dormir a su casa. Después y durante una semana durmieron en una cama pequeña en el dormitorio de mi abuela Ascensión.

A la semana de casarse emigraron a Barcelona, en concreto a Castelldefels. Allí mi madre quedó embarazada de mí. Su estancia en Cataluña no fue larga. Por unas razones u otras decidieron venirse a su tierra, la tierra de los olivos. Mi padre decía que mi madre echaba de menos a su madre y mi madre decía que a mi padre no le gustaba Barcelona. La cuestión es que sólo estuvieron cuatro meses.

Durante esos cuatro meses mis padres hicieron dos cosas importantes: la primera es que mi madre se quedó embarazada de mí, y la otra que pudieron juntar un poco de dinero para poder comprar un dormitorio, eso sí, de segunda mano a otro matrimonio que había decidido dejar esta tierra y marchar para Cataluña. ¡Bueno!, ya tenían algo. Ahora les faltaba una vivienda en la que poder vivir. Eso les resultaba más complicado de conseguir. Al final se quedaron en casa de mi abuela en la que todas las habitaciones estaban ocupadas por cuatro familias que vivían en ella. Un matrimonio joven, Juan y María, les hicieron un favor. La habitación que ellos ocupaban en la planta de arriba y que era la más grande de la casa, optaron por dividirla con un tabique y compartirla con mis padres. De momento ya tenían algo más que cuando se casaron.

La recolección de la aceituna estaba próxima y decidieron buscarse un tajo. Cuando empezó la recolección mi madre estaba ya de seis meses, y aunque se pudiera creer que ir a trabajar en esas condiciones era una barbaridad, y no me cabe la menor

duda de que efectivamente lo era, y a buen seguro que no era la única que lo hacía. Ante esto solo cabe hacerme la siguiente pregunta ¿Era un problema de necesidad o de mentalización?. Pienso que todo iba unido. Si se iba a trabajar en esas condiciones evidentemente lo era por necesidad, sino, no creo que nadie se ponga a hacer esa barbaridad, salvo casos excepcionales. Pero además de la necesidad hay que tener una mentalización que sólo se adquiere si se ha vivido siempre en un estado de necesidad permanente que desemboca en un espíritu de sacrificio nada común.

Recuerdo cuando mi mujer estaba embarazada, da igual de cual de mis hijos, porque en todos ellos estuvo como todas las mujeres de hoy día controlada por un tocólogo, que cada vez que la llevaba a revisión, el médico le decía que caminase, que diese frecuentes paseos. A mi madre no tuvieron que recetárselos. Cuando mi madre me contaba que para llegar al tajo tenía que andar unos cuatro kilómetros andando por aquellos caminos de piedras no puede dejar de sorprenderme aquella forma de vida, porque la ida se hacía de fresco, pero la venida se hacía después de dar el jornal. Me contaba mi padre de aquella campaña que se pudo comprar una bicicleta, así mi madre ya no tenía que andar tanto porque la llevaba Él montada en la bicicleta. Pero también me figuro como iría por esos caminos tan broncos, los botes que daría la bicicleta con mi madre montada y con la barriga ya bastante crecida. La anécdota es que en uno de esos botes de la bicicleta cayeron y rodaron por el suelo. Pero no paso nada, no tuvo que guardar reposo ni nada por el estilo, y cuando llegó el nueve de marzo de 1956 nací yo sin problema alguno, eso sí, no pesaba ni dos kilos. Mi madre no debió comer demasiado bien durante el embarazo. Era tan poca cosa que un vecino de la casa de edad avanzada, Josico, preguntaba a mi madre en plan cariñoso, si me iba a tener valor de criarme, porque no valía demasiado la pena. Recuerdo con mucho cariño a este hombre porque me quería mucho.

En 1957 llegaron ofertas de trabajo del Instituto Nacional de Emigración a través del sindicato de entonces para trabajar en Francia. Mi padre fue uno de los que se apuntaron. Estaba claro que esa podía ser la fórmula para salir del agujero en el que se encontraba.

Para estos primeros emigrantes era como una aventura, una aventura que indudablemente producía celos en los familiares y en ellos mismos. No sabían lo que se iban a encontrar allí. No olvidemos que el final de la 2ª Guerra Mundial estaba muy reciente, por lo que sus consecuencias eran palpables todavía. Para aquel primer y

sucesivos viajes preparó una buena maleta, de esas de la época, de madera, con las esquinas reforzadas, resistente para aguantar lo que le iba venir. Se la hizo según mi madre un tal Valdivia.

De aquella primera expedición salieron trece personas, agrupadas por parejas excepto uno:

- Juan y José Casado
- Cosme “El de la Fuente pallá” y Manuel “El Salinero”
- Pedro “ Barajita” y Enrique Erena
- Juan Barranco e Isidoro “Pesetica”
- Antonio “El General” y Andrés Ortega.
- Cosme Illana Aguayo
- Juan José Expósito y Fernando Moreno Gómez

Mi padre me contaba que aparte de los familiares y amigos, subió a despedirlos a la estación del tren. D. Cristóbal, el cura de Santa María, seguramente para darles su bendición. Otros subieron para advertirles de que tuviesen mucho cuidado, porque allí había muchos rojos.

Aquella primera temporada mi padre consiguió traerse 3.000 pesetas durante los tres meses que duró. A partir de entonces empezaron a despegar, muy lentamente, pero era evidente que el cambio se estaba produciendo, no sólo en ellos, sino que a muchas personas empezó a entrarles el gusanillo de probar suerte, y a partir de ahí, se fueron abriendo cada vez más las puertas.

De aquellos primeros años mi padre contaba que el trabajo que realizaban era principalmente en la remolacha y que era muy duro por las horas que echaban al destajo, por la posición en que se realizaba, la alimentación, los enormes campos en los que se perdía la vista, etc... La remolacha era un trabajo que constaba de dos fases: en la primera se procedía al esclarecimiento de las plantas y la segunda, unos meses más tarde, el arranque de la remolacha. Del arranque cuentan que era un trabajo durísimo. La remolacha se sacaba de la tierra incando una especie de pincho con el que se hacía presión para que la remolacha saliera hacia arriba. A pesar de la dureza del arranque, todos los que han tenido la experiencia de ir a la remolacha coinciden en que era más duro el esclarecimiento de las plantas.

La adaptación a la realidad que vivían era tal que les convertía en hombres totalmente abnegados y con una capacidad de trabajo excepcional, capaces de afrontar

los retos más difíciles y sacrificados. No me ha extrañado nunca que un porcentaje elevado de ellos, hayan tenido problemas de huesos, estomacales, o de otro tipo que les haya obligado a pasar tarde o temprano, por un motivo u otro, por el quirófano, e incluso que no se hayan hecho demasiado viejos. Eran tiempos realmente difíciles.

No obstante, y a pesar de la cantidad de horas que echaban de trabajo y de la dureza que entrañaba el mismo, de vez en cuando se sacaba algún tiempo para el ocio. Los primeros años en que mi padre iba sin nosotros, lo hizo en el norte de Francia por lo que pudo visitar París, la ciudad de la libertad. Refugio de artistas: escritores, pintores, cantantes, etc... Ver la Torre Eiffel, el Arco del Triunfo, los Parques Eliseos, o asistir a una exposición internacional de aviones en el aeropuerto de Orly, de la que mi padre contaba que había visto el avión más grande del mundo, un Tupolev Ruso, no me cabe la menor duda de que les llenaría de una gran emoción.

Mi padre estuvo yendo a Francia sin nosotros hasta que yo cumplí los nueve años. Sus compañeros más habituales fueron Juan José “*El Rajao*”, Juan José “*El Moreno*”, Francisco Rodríguez, y Juan Martos, cariñosamente conocido por “*Juanillo Bocacha*”. Las temporadas eran de hasta siete meses. Un período que resultaba excesivamente largo, que a veces dividían en dos temporadas: una para el esclarecimiento y otra para el arranque. Pero había otra cosa que resultaba más dura de soportar. El alejamiento de la familia. Las noticias no se intercambiaban con la rapidez y seguridad que se hace hoy en día. Mis padres nos contaban que a la vuelta de una de esas temporadas, mi hermano lloraba y decía ¡hombre no! ¡hombre no!, cuando mi padre fue a acostarse con mi madre. Era tan pequeño cuando mi padre se fue que se le había olvidado quién era aquel hombre.

De aquella nueva experiencia con personas que hablaban otro idioma tenían que surgir anécdotas de todas clases. Hay una que a mí me hizo muchísima gracia cuando mi padre me la contó. Le ocurrió a Francisco Rodríguez, el marido de Elena, una prima hermana de mi madre. Ocurrió que Francisco llamó al médico porque se puso enfermo. Cuando el médico francés fue a oscultarlo le preguntó que donde le dolía. El no entendió lo que le preguntaba, y sin más empezó a llamar sofocado a mi padre que entendía algo mejor el francés. Cuando llegó mi padre, el médico le repitió la pregunta. Entonces le dijo a Francisco: “Pero hombre, dile donde te duele, si te lo está preguntando en español”.

De aquellos años tengo menos recuerdos por mi corta edad, pero no se me olvidarán los regalos que nos traía mi padre. Nunca venía con las manos vacías: un

tanque metálico, un montón de bolígrafos de colores, bolas de cristal, unas botas katiuskas, etc. A mi madre le fue trayendo poco a poco un pequeño ajuar. Aquel que no pudieron llevar cuando se casaron.

Aquel incipiente bienestar no duró demasiado tiempo a mis padres. En el año 1963, cuando mi padre contaba con 33 años, se le perforó el estómago y en su convalecencia le vinieron dos trombosis, una en cada pierna. Un poco más tarde tendría que operarse dos veces más de estómago. Aquello les complicó mucho las cosas. Mi madre se puso a servir, y por las noches ella y mi abuela Ascensión, cosían vestidos hasta las tantas de la noche para una tienda del pueblo. Fueron los peores años. Afortunadamente hubo personas que les ayudaron en la medida que se lo podían permitir. Así lo hizo la madre de Paquita, la de la tienda de comestibles de la C/ Virgen de la Cabeza, fiándole lo que necesitaba, o Julio, el del Horno la Parra, marido de nuestra prima M^a Luisa, que en tantas ocasiones ayudó económicamente a mis padres.

Guardo en la memoria aquellos paseos que daba con mi padre apoyado en mi hombro, y aquel régimen de comidas que tenía que seguir por prescripción médica, que resultaban un sacrificio difícil de llevar para todos. Mi padre aprovechaba y en esos períodos de convalecencia la primera vez hizo un curso de electricidad en el Instituto del pueblo y en otra ocasión uno de francés en la Escuela Acelerada de Jaén. Por la realización de estos cursos recibía una pequeña compensación económica que en algo aliviaba su situación. Esto le permitió que cuando hicimos nuestra casa nueva no tuviese que llamar a un electricista, y que en Francia se desarrollase bastante bien con el idioma.

En 1965 mi padre decidió que nos fuésemos todos a Francia. Aquella decisión nos llenó de alegría a mi hermano y a mí. Estaba claro que no teníamos idea de lo que aquello representaba.

Como uno de tantos recuerdos de los que se quedan grabados para siempre en la mente, se me quedó aquel 5 de mayo del 65, en el que por primera vez cogimos las maletas toda la familia para volver el 21 de octubre. Casi seis meses estuvimos fuera de nuestra casa. Esa temporada nos acompañó Juan José Expósito con su mujer y su hijo pequeño. De Juan José oí decir a mi padre en varias ocasiones que era un buen trabajador y un buen compañero. La segunda nos acompañó Francisco “*El Rubio*” y su mujer Consuelo.

El primer viaje los hicimos en dos coches de una familia de nuestro pueblo que vivía en Francia. De uno de ellos me acuerdo de su nombre, era Cosme “El Corneta” que es como se le conoce.

A pesar de que era muy joven, recuerdo aquel viaje por lo largo que se nos hizo, lo apretados que íbamos y por la incomodidad que transmitían las carreteras españolas. Llegamos a nuestro destino al día siguiente de nuestra salida. El pueblo al que íbamos se llama Laffitte Sur Lot, del Departamento 47 –Lot et Garonne. Y nuestro primer patrón se llamaba Emile Dalmolin, de origen italiano que se había asentado en Francia. Estos y otros nombres de pueblos como Sainte Livrade, Villeneuve Sur Lot, Aiguillon Clairac, Tonneins, Castelmoron, Agen, Marmande, Monflanquin, Grange, Bourran, y muchos más, formarían parte del vocabulario habitual de todos los que fuimos por allí y de muchos de los que no fueron, durante años porque forman parte de la zona geográfica principal en la que nos movíamos los fuimos a coger habicholillas.

Aquella noche tuvimos mi hermano y yo la primera experiencia con personas que hablaban otro idioma y nuestra primera anécdota que contar. Ocurrió que mi madre en cuanto hubimos cenado nos acostó en la cama. Aquella cama tenía un edredón lleno de plumas de oca. Era muy voluminoso y suave, y pesaba muy poco, aunque lo mejor era que se notaba que abrigaba mucho. Al momento entró en el dormitorio la patrona, y con un semblante muy amable y sonriente nos preguntó algo. Nosotros que no teníamos ni idea de los que nos decía, hicimos un gesto afirmativo con la cabeza. Aquella señora cogió el edredón y se lo llevó, y nunca más volvimos a verlo. Aquella noche debimos comprender que había que aprender francés sin más remedio.

El primer día al levantarnos nos dejó sorprendidos aquel paisaje tan verde y llano, tan distinto a nuestro campo de olivos. Pero no nos sorprendió menos la forma de regar los cultivos. Aquellos periquitos echando agua a la vez que iban dando vueltas nos llamó tanto la atención que hasta estuvimos un rato sentado viendo como funcionaban.

Por la edad que teníamos no trabajábamos todavía. Sin embargo algún que otro día, mientras mi hermano que tenía seis años hacía de niñera de Juan, el hijo de Juan José que por entonces contaba con solo tres meses de edad, mi padre para evitar que yo estuviese deambulando por los alrededores de la *ferme* (cortijo), me ponía a coger habicholillas al lado de mi madre. Es fácil imaginar las habicholillas que cogería.

Mi primer contacto con las matas de habicholillas no me hizo ni pizca de gracia. Las matas estaban mojadas y frías por la rociada de la noche. La sensación que me produjo no la he olvidado.

Lógicamente, lo que hacíamos mi hermano y yo la mayor parte del tiempo era jugar. Estábamos en el sitio ideal para ello. Había un bosque, una vía del tren abandonada sin raíles, rodeada de muchos árboles y arbustos que habían crecido libremente, higueras, manzanos, ciruelos. Allí pude ver por primera vez las zarzas de donde salían las moras y que en mi pueblo sólo las había visto cuando algún vendedor las llevaba en su canasta vendiéndolas por la calle o en la plaza del Ayuntamiento los domingos cuando salíamos a pasear. También estaba aquel río, el Lot, que nos dejó boquiabiertos. Nunca habíamos visto tan de cerca una mole de agua igual. Había un puente colgante de unos ochenta metros de largo que a mí me daba cierto recelo atravesarlo porque se movía cuando pasaba algún coche, y además me daba vértigo asomarme por el pletín. Lo cierto es que con la edad que teníamos no podíamos apreciar la realidad de lo que nos ocurría, simplemente nos limitábamos a jugar y disfrutar como niños que éramos. Estábamos viviendo una experiencia que para nosotros no dejaba de ser bonita en un lugar que realmente era bonito, ajenos lógicamente al problema de nuestros padres. Con el tiempo todo cambiaría y veríamos las cosas de otra manera.

La campaña fue larga, pero yo no recuerdo que para mí lo fuese tanto. La vuelta la hicimos en tren, excepto el trayecto hasta la frontera, que lo hicimos y lo seguiríamos haciendo todos los años en el autobús o en el taxi de Monsieur Laborie, de Clairac. Este señor acabaría siendo muy conocido entre los españoles. Tenía un pequeño autobús y uno o dos taxis, y en la época de máximo apogeo de la emigración se dedicó al traslado de emigrantes desde Hendaya hasta el lugar de destino de cada uno, y viceversa. Clairac es un pueblo situado en lo que fue el centro de toda la movida emigratoria en el Departamento 47, atravesado por el río Lot y muy cerca de otro pueblo igualmente importante, Tonneins, donde se unen el Lot y el Garonne.

Monsieur Laborie era una de esas personas que todos lo que fuimos allí conocerían y que con toda seguridad recordarán. Era el nombre que más nos gustaba oír de mi padre. Durante el tiempo que permanecíamos en Francia soñábamos con el día en que nos dijera de ir en busca de Mr. Laborie para reservar billete o taxi para volver a España. Los días se hacían interminables hasta que llegaba la hora de volver. Cuando ese día llegaba, nos levantábamos temprano y el patrón nos llevaba a Clairac. Tengo el recuerdo de que siempre hacía frío a esa hora. Ya en el mes de octubre bajaban bastante las temperaturas en aquella zona, y con río al lado se sentía un frío húmedo que resultaba poco apetecible, pero a nosotros nos daba igual, lo importante es que la temporada había terminado y volvíamos a nuestra casa.

Así como ese primer año quedé impresionado por el verde campo francés, no puedo decir menos de cuando regresamos a España y llegamos a Torredonjimeno. El aspecto del paisaje era todo lo contrario. Los rastrojos, la tierra polvorienta de paso del verano y las casas tan blancas, impactaba de la misma manera que el campo francés. Se producía un cambio radical en el paisaje tan sólo en el transcurso de varias horas.

Aquella primera temporada mis padres, junto con el subsidio por hijos que daba el gobierno francés, reunieron unas 75.000 ptas. Aunque parezca que era una cantidad pequeña, no lo era tanto en aquellos tiempos porque pudieron hacer una cocina nueva y les sobró dinero.

De aquellos dos años en Lafitte guardo muchos recuerdos a pesar de que era un niño. Mi padre, cuando había poca tarea, nos llevaba a mi hermano y a mí a visitar a los paisanos que por allí trabajaban. En aquella zona los cortijos están poco distanciados unos de otros, y en casi todos había una o varias familias españolas. Recuerdo que a muy poca distancia estaban los hermanos “*Aguedicos*”, Manolo y Francisco. Muy cerca de ellos su cuñado Manolo “*El Salinero*”. Justo al pasar el puente Rosana que he mencionado antes, estaba “*El Torero*” y Monsieur Fabrá, hijo de un exiliado maño de Zaragoza. Alonso “*Borja*”, su cuñado y Miguel Rojo al otro lado de Lafitte, y muchos más que no recuerdo sus nombres. Todos naturalmente con sus respectivas familias. Estábamos viviendo el *boom* de la emigración a Francia de familias enteras. Eramos el producto directo de la Guerra Civil. Cuando algunas veces leo las estadísticas oficiales de los españoles que emigraron a Francia, y que más adelante veremos, pienso que ni el gobierno español ni el francés tenían idea del movimiento real de las personas que movía la emigración.

También estaban aquellos emigrantes que lo eran, no por necesidades económicas, sino por política. Eran aquellos que tuvieron que abandonar España a consecuencia de nuestra Guerra Civil del 36.

De entre los muchos que tuve la ocasión de conocer, había uno que lo recuerdo de manera especial. Era un hombre de algo más de 50 años, de estatura mediana-baja y regordete con bastante tripa que iba siempre con unos pantalones de pana muy anchos y más bien cortos. Se dedicaba con un carro-moto a la venta ambulante de calzado, e iba de “*ferme en ferme*” ofreciendo su género. Su aspecto externo no daba la sensación de que hubiese conseguido un status económico aceptable. Era evidente que no todos corrieron la misma suerte.

Pero aparte de su aspecto externo, había otra cosa que a mí particularmente me llamaba más la atención cada vez que ese hombre se detenía en nuestra casa, y es que sus visitas lo eran más por hablar de España que por intentar vendernos algo. Su interés como el de tantos otros era conseguir información directa, de cómo vivíamos, de como estábamos, etc., y con nuestros relatos se quedaba embobado y las prisas le desaparecían. No podía disimular que sentía nostalgia por su tierra.

Años más tarde vi una película de las que nosotros definimos como “españolada”. Aquella película cada vez que la veo me trae al recuerdo a aquel hombre. La película en cuestión es “Vente pa España Pepe”, protagonizada magistralmente entre otros, por Alfredo Landa y Antonio Ferrandis. Landa como emigrante y Ferrandis un médico exiliado en Alemania. La expresión de A. Ferrandis cuando Alfredo Landa le propone venirse para España por Navidades era el reflejo de la de aquel vendedor de zapatos. Por un lado el deseo incontenible de obtener información sobre España y por otro la resignación y la autoimposición a su pesar de quedarse, alimentada por el resentimiento a lo que supuso la guerra y la situación política de la España de esos momentos.

También conocí en una de esas visitas que hacía con mi padres a un personaje muy peculiar, del que yo había oído hablar en el pueblo cuando los mayores hablaban de lo que pasó en la guerra. Este hombre era conocido por Felipón, y estaba exiliado con su mujer y sus dos hijos. Fuimos en varias ocasiones a visitarlo, y recuerdo que era un hombre muy amable con mi padre. A mí me gustaba que fuésemos a visitarlo porque su hijo tenía una carabina de aire comprimido y con ella nos íbamos a jugar al bosque que había al lado. Como era natural, las conversaciones que mantenían trataban del pueblo y de lo ocurrido en la guerra. En una de esas conversaciones aquel hombre confesó a mi padre que dormía todas las noches con la pistola que tenía cuando era miliciano al alcance de la mano. Nos enseñó aquella pistola y a mí aquello me sobrepresionó. Habían pasado 25 años y las conversaciones sobre la guerra civil eran parte de la vida cotidiana.

Aquella revolución emigratoria había de tener sus repercusiones en las relaciones sociales, no sólo entre los propios compañeros de trabajo, que no siempre tenían un final feliz al terminar la temporada, puesto que la convivencia bajo el mismo techo durante un período de cinco o seis meses no era fácil a veces. Tampoco lo era con el patrón en ocasiones. Las fricciones eran habituales por diversos motivos: el idioma como principal fuente de entendimiento, la inferior posición en que nos encontrábamos.

Evidentemente estábamos en desventaja y no éramos bien vistos. No olvidemos que se emigraba por necesidad y esa necesidad era patente para los franceses, lo que inducía a los más despiadados a intentar el abuso, y eso desembocaba en ocasiones en peleas entre patrón y obrero.

En lo económico nadie puede discutir que en Torredonjimeno se produjo un cambio radical. Antes de Francia nadie tenía nada. Estábamos faltos de todo. La gente empezó a construirse su propia vivienda, a comprar electrodomésticos, a hacer sus pequeñas inversiones en solares, tierras o a tener sus reservas de dinero en los bancos. A estos también se les notó el cambio.

Torredonjimeno creció de forma sorprendente durante las décadas de los 60 y 70. Los alrededores de lo que hoy es la Calle Padrenuestro y la zona de El Ranal, y que yo las he conocido de tierra de cultivo, se llenaron de casas rápidamente. No olvidemos que lo mismo que pasaba en la casa en que vivíamos nosotros, que estaba ocupada por varias familias, pasaba en muchas casas del pueblo. La gente la primera inversión que hizo fue independizarse teniendo su propia casa. Era natural.

Otro fenómeno muy importante que trajo la emigración fue que muchos hijos de emigrantes pudieron optar por estudiar e ir a la universidad.

Nosotros mismo estábamos cambiando. La toma de contacto con otra cultura muy distinta a la nuestra y de la que se decía que tanto en lo económico como en lo social nos llevaba una ventaja de quince o veinte años, tuvo que influir en nosotros de alguna manera. Nos estábamos europeizando. Empezábamos a ver algunas cosas desde una perspectiva más moderna y liberal.

Un tema del que era habitual hablar entre emigrantes, era el de la vivienda que nos facilitaban. Ese era un tema que nos preocupaba principalmente cuando íbamos con un nuevo patrón. Todos querían sembrar habicholillas y traer españolas para cogerlas, pero ¿qué pasaba con el alojamiento?. No todos estaban en condiciones de llevar personas a trabajar y ofrecerles un alojamiento adecuado. Si hiciésemos una encuesta sobre el tema, podríamos comprobar las miserias que han tenido que soportar muchas familias españolas. Un simple “charipeo” a un secadero de tabaco, con el suelo de tierra y con unos sacos del abono clavados en las paredes de madera para evitar la entrada de aire, servía a veces como vivienda. ¿Dónde estaban los asistentes sociales españoles?, ¿y los franceses?. Yo nunca les vi en los doce años que fui a Francia. Y cuando surgían problemas con los patronos ¿A quién se podía recurrir?. Las más de las veces se zanjaba el asunto con discusiones, que unas veces terminaban no volviendo otro año, y otras

veces no acabando la campaña, con el consiguiente perjuicio económico y la contrariedad que suponía llegar a esa situación. Los poderes públicos españoles tuvieron suficiente con sacudirse el problema permitiéndonos salir de España.

En los meses previos al inicio de la nueva temporada, los coches con matrícula francesa eran parte del paisaje tosiriano. Uno por unas razones y otros por otras, la cuestión era que se estaba viviendo la fiebre de Francia. Todo el mundo quería ir a coger habicholillas, y en la parte contraria, todos querían llevar españoles para cogerlas. En más de una ocasión salieron hasta cinco autobuses en un solo día. El pueblo debía quedarse solo. Eso decían los que se quedaban. Yo nunca pude comprobarlo. Al igual que hacía yo, estoy seguro que muchos se hacían la misma pregunta. ¿Quién se comía tantas habicholillas?. Todavía hoy cuando mi mujer compra una lata de habicholillas en conserva, me pregunto irónicamente si serán de las que nosotros cogíamos.

Durante algunos años y hasta que empezaron a programarse los viajes en autobús, tanto el viaje de ida como el de vuelta se hacía en tren. Aquello se parecía un poco a una odisea, sobretodo por la lentitud.

El viaje empezaba por la tarde con la salida del pueblo en un taxi u otro medio hasta la estación de ferrocarril de Jaén, para coger el tren que salía para Madrid el caer la noche. El trayecto hasta la capital de España duraba toda la noche. Lo peor, más que la incomodidad de los trenes de los años 60, era la lentitud y el traqueteo. Casi medio día para llegar a Madrid. A eso se unía la descoordinación en la salida de los trenes. Se llegaba a la estación de Atocha por la mañana temprano y hasta la noche no salía otro tren de la estación del Norte para Irún. Irremediablemente había que pasar un día entero en Madrid. La parte positiva de aquello estaba en que se nos brindaba la posibilidad de hacer una visita turística a esa estupenda ciudad. Mi padre nos paseaba por todos sitios. El Retiro, La Plaza de España, La Plaza Mayor, el zoológico, las Cuevas de Luis Candela, y lo que más me impresionó: El Museo del Prado. Mi afición al dibujo y la pintura hacía que mis padres me complaciesen y visitásemos varias veces aquel museo. La emoción que sentí cuando vi por primera vez cuadros como, “Los Borrachos”, “La fragua de Vulcano” y “Las Meninas” de Velázquez, “La Inmaculada Concepción” de Murillo, o “Los fusilamientos del 2 de Mayo” de Goya, era indescriptible.

Al atardecer había que irse aproximando a la estación del Norte para coger el tren que nos llevaría hasta Irún. A esa hora ya estábamos cansados y mal aseados después de haber pasado una noche en tren y todo el día deambulando por Madrid. La segunda noche de viaje era como la anterior, aunque supongo que dormiríamos mejor

por el cansancio acumulado. La llegada a Irún era a primera de la mañana. Lo que más me llamó la atención la primera vez, fue ver el verdor de aquellos campos, los ríos, las fábricas con sus paredes ennegrecidas por el humo del carbón que quemaban. Las casas no se parecían a las nuestras, no eran tan blancas como en nuestra Andalucía. A la llegada pudimos comprobar claramente que estábamos en otra España muy distinta a la que nosotros conocíamos. Su gente, las costumbres que podíamos apreciar a simple vista, el aspecto externo de sus calles eran muy diferentes.

Al bajarnos del tren lo primero que se hacía era salir flechados para la oficina de emigración francesa para presentar los contratos y pasar revisión médica lo antes posible. Creo que difícilmente encontraríamos a alguien que hablase bien de la experiencia de su paso por esa oficina.

De pequeño y mientras mis padres pasaban revista médica y le devolvían sus pasaportes y contratos, mi hermano y yo pasábamos el tiempo jugando en el salón central de la oficina, mientras la gente esperaba que la llamasen, desesperadas y aburridas, sentada en aquellos bancos metálicos que resultaban duros e incómodos hasta de mirar. Otras veces nos íbamos a dar un paseo, y de nuevo tengo que decir que llegué sin un gran esfuerzo a la conclusión de que había dos España: una muy pobre, de la que forma parte Andalucía, y otra menos pobre, pero muy por encima de la nuestra que está en el norte.

La primera vez que afronté la experiencia de pasar revista médica fue a los 16 años. Era mi primer contrato de trabajo. Yo había oído hablar de lo desagradable que resultaba en ocasiones y del mal trato que recibíamos a veces. Con esa edad ya era la octava temporada en Francia, llevaba varios años estudiando francés en el instituto y tenía la suficiente experiencia y juventud para no temer nada. Sin embargo había algo que no me apetecía nada, y era que me metiesen en una habitación con diez o quince hombres, entre los que podía estar mi padre, y nos obligasen a bajarnos los pantalones para mirarnos los testículos a la manera que estamos acostumbrados ver en las películas en que aparecen campos de concentración. Es posible que entre los que hayan vivido esa experiencia no le den tanta importancia a ese hecho, pero yo siempre he tenido claro que algunos de aquellos médicos y enfermeras estaban faltos de estilo y de educación. Circunstancia que pude comprobar en cierta ocasión cuando nos estaban mirando como andábamos de la vista. Estaba a mi lado un hombre mayor, que cuando lo llamó la enfermera y le habló se puso nervioso ante las indicaciones que le daba la misma, posiblemente porque no entendía lo que le quería decir. Aquella mujer en vez de

tranquilizarlo, se limitó a darle un montón de voces y a confundirlo más. Aquel hombre solo por la edad que tenía merecía que se le hubiese tratado con el máximo de respeto.

El día en la oficina de emigración culminaba con el visado de los contratos y con un obsequio para el resto del camino, gentileza del gobierno francés que consistía en una bolsa que contenía una lata de conservas, una galletas, pan, y creo que un poco de paté.

A última hora de la tarde podíamos cruzar la frontera para coger el tren en Hendaya que por la noche salía para Burdeos, donde teníamos que hacer transbordo a otro tren después de esperar varias horas, que nos trasladaría hasta Tonneins, donde si todo iba bien estaría el patrón esperándonos para llevarnos hasta nuestro destino final. El viaje ha durado cuatro días, pero hay un detalle que no he mencionado, y que resultaba peor que esos cuatro días: era el movimiento continuo de las dichas maletas. ¿Quién no ha ido alguna vez unos días de viaje o tenido la oportunidad de ir varios días de vacaciones?. Bueno, pues quién lo haya hecho habrá podido comprobar que la preparación de las maletas son casi siempre motivo de discusión en los matrimonios. Uno que lo quiere echar todo y le faltan maletas y el otro que se pone negro de ver que el maletero del coche no da para tanto. Si eso lo trasladamos a la preparación del equipaje para una estancia de cinco o seis meses en el campo, que va a hacer todo tipo de tiempo: frío, calor, sol, lluvia, etc. Hagámonos una idea de lo que se podía liar, y eso unido al trasiego de maletas que se hacía durante el viaje. Os lo cuento:

1.- El viaje empezaba con la colocación en el coche que nos llevaría a la estación de ferrocarril de Jaén, de las maletas y demás equipaje que incluía algunas latas de aceite de oliva de cinco litros, algunas tripas de salchichón y de chorizo, y a veces hasta un jamón y unos regalillos para los patronos, sin olvidar el botijo del agua que buen servicio nos hacía si duraba toda la temporada.

2.- Subida al tren y colocación del equipaje en un compartimento, lo que no siempre resultaba fácil por la cantidad de equipaje. El botijo no era problema. Se colgaba por la parte exterior del vagón y así se mantenía el agua fresca. Los compartimentos eran para ocho viajeros y con el equipaje de cuatro había más que de sobra para uno.

3.- A la llegada a la estación de Atocha, las maletas normalmente se metían en consigna o bien las llevábamos a una casa de huéspedes que hubiese cerca de la estación.

4.- Transporte del equipaje desde la Estación de Atocha a la del Norte.

- 5.- Subida y colocación de nuevo en el tren que salía para Irún.
- 6.- Llegada a Irún por la mañana temprano. De nuevo las maletas se metían en consigna o se dejaban en algún sitio seguro.
- 7.- Traslado en taxi al atardecer hasta la estación de Hendaya.
- 8.- En Hendaya subíamos al tren que nos llevaría hasta Burdeos. Otro acoplamiento más de las maletas.
- 9.- Llegada a Burdeos y colocación de las maletas en la sala de espera hasta que llegara la hora de coger el tren que nos llevaría a Tonneins.
- 10.- Salida de Burdeos. Como es natural con otro acoplamiento de maletas en el tren.
- 11.- Llegada a Tonneins. Por fin ya no teníamos que coger otro tren, pero si montar el equipaje en el coche del patrón.
- 12.- Ya hemos llegado. Bajamos las maletas del coche y las metemos en la casa. ¿Cómo llegaban las maletas? ¿Y nosotros?.

Más tarde esto cambiaría con la realización de los viajes en autobús. Lo normal es que la gente fuese a apuntarse para un día determinado al Bar de Melchor. El viaje de esta manera era más cómodo porque el único trasbordo que se realizaba era en la frontera al cambiar el equipaje a un autobús francés, que era el que nos trasladaría hasta nuestro destino.

El paso por la frontera no entrañaba normalmente ninguna complicación. Las autoridades francesas se limitaban a echar un vistazo al autobús sin más trámites. Era más complicado a veces volver. Las autoridades españolas en ocasiones nos ponían las maletas manga por hombro. Seguramente para evitar la entrada de propaganda contra el régimen. Aparte de eso no se nos ponía ningún obstáculo.

La vuelta a España traía también unos preparativos, y no era sólo el de las maletas, que en esta ocasión se hacían con más alegría y se volvía con menos cosas, siempre sin olvidar traer para la familia y amigos unos paquetes de café o unas tabletas de aquel chocolate "*poulain*" que estaba buenísimo y que durante varios años después de dejar de ir a Francia lo estuve probando porque mi vecina Concha a su vuelta cada temporada se acordaba de lo mucho que me gustaba. Me refiero a la preparación del dinero que tanto trabajo había costado ganar. El miedo a perderlo o a ser robado, hacía que los mayores se las ingeniasen para que esto no ocurriese. Mi padre colocaba el dinero normalmente en una taleguilla que le hacía mi abuela. Se metía la taleguilla en los calzoncillos blancos y además la pillaba con unos imperdibles a los calzoncillos.

Todo esto ocurrió hasta que el Banco Bilbao instaló una roulotte en Clairac y así antes de salir se ingresaba el dinero en el banco y no había miedo de nada.

El viaje de regreso se hacía con mucha ansiedad por llegar pronto, y además era más rápido. A mí particularmente el trayecto que más largo se me hacía era el de Despeñaperros-Jaén. Pero aun se me hacía más largo Jaén-Torredonjimeno. En ese trayecto cogía un estado de ansiedad máximo que provocaba que el viaje se hiciera interminable, hasta que por fin se vislumbraba la fábrica de cemento, ¡qué alegría nos daba verla!.

Las temporadas de los años 67 y 68 las pasamos en Dolmayrac, cerca de Sainte Livrade Sur Lot, en casa de Monsieur Merignac, René. Era una familia que evidenciaba una pobreza similar a la nuestra, por lo que tenían tanta necesidad de emigrantes como nosotros de patrón. Por aquella zona solo habían dos familias más de españoles: dos hermanos con sus respectivas familias que son conocidos por “*Los Almolachines*”, y Antonio, hermano del fuera maestro de la villa en nuestro pueblo, también con su mujer e hijas.

Mis padres cada vez nos tenía más tiempo junto a ellos en el campo, y cuando no, nos hacía que echásemos un rato de escribir o de hacer cuentas. Eran los años de las famosas radio-novelas, como la de “*Lucecita*”, “*Ama Rosa*”, etc. Compraron un transistor y mi madre normalmente lo llevaba en su canasto y así íbamos entretenidos oyendo música o las novelas mientras trabajábamos. Estaba claro que si queríamos oírlas teníamos que ir al compás de mi madre, por lo que mi hermano y yo habíamos de andar ligeros para no quedarnos atrás.

Lo más significativo que ocurrió para mí en esos años, fue la decisión que tomaron mis padres respecto de mi hermano y de mí. Decidieron que fuésemos al instituto. Aquella decisión cambiaría radicalmente el devenir de nuestras vidas, y fue la consecuencia del estado obsesivo que cogió mi padre sobre la idea de que no fuésemos lo que El. Continuamente nos repetía que no quería que fuésemos del campo.

Su actitud creo que no lo era sólo por lo sacrificado que resultaba emigrar y por el porvenir tan incierto que teníamos, sino que influyeron otras circunstancias no menos importantes, como el hecho del recibimiento que algunas veces se nos daba al llegar al colegio con uno o dos meses de retraso sobre el inicio del curso. Normalmente no había problemas en acoplarnos, pero en el año 67 ocurrieron unos hechos muy graves que quizás fuesen la gota que colmo el vaso. Mi hermano y yo no fuimos bien recibidos por

parte del director en nuestro colegio de San Roque, donde habíamos estado siempre. Este hombre no tuvo ningún reparo en dirigir a mi padre unas palabras muy duras, y que yo no he podido olvidar porque hicieron mucho daño. Las palabras en cuestión fueron: “Para esto mejor os quedáis en Francia”. Mi padre se enfureció a la que vez que se le saltaron las lágrimas por el trato que se nos estaba dando. En Francia se nos veía como a inferiores y en España pasaba casi lo mismo. El resultado de aquella discusión fue castigarnos a mi hermano y a mí separándonos. A mi hermano lo destinaron a un colegio pequeño que había donde hoy está el Centro de Salud, y a mí al Conventico, con Don José Magaña. El curso siguiente yo iría ya al Instituto.

Otro hecho que yo recuerdo de aquellas fechas, es el famoso Mayo del 68. Tengo en la memoria que mi padre se mostraba un poco receloso e indeciso sobre nuestra ida a Francia que debía ser en esa fecha, por las noticias que llegaban sobre las revueltas de los estudiantes franceses, de las que se ha dicho que cambiaron a la sociedad de aquella época convirtiéndola en una sociedad más abierta y liberal.

Mi padre tenía los contratos en las manos y no veía muy claro que nos pusiésemos en camino en tanto no se aclarase un poco la situación. Al final cogimos las maletas y nos fuimos, y lógicamente no ocurrió nada, pero a mí se me quedó grabado aquello y unos años más tarde comprendí que fue lo que pasó y lo que supuso aquel famoso Mayo del 68 en Francia del que se hablará toda la vida.

Por aquellas fechas mi padre ya había sufrido las tres operaciones de las que he hablado antes. Las recomendaciones de los médicos de guardar reposo durante la convalecencia no pudieron ser seguidas por El, por la razón lógica de que no se lo podía permitir. En una de las operaciones tuvo que irse antes de transcurrido un mes a trabajar, en concreto a cavar olivos. Estoy seguro de que aquello le benefició más bien poco. Hubo ocasiones mientras estuvimos en Francia que tuvo que meterse en la cama porque no le quedó más remedio. El año que peor lo pasó fue la segunda temporada con Emile Dalmolin. Aquel año mi madre lo pasó muy mal de ver a mi padre enfermo, y por otro lado tuvo que hacer un sobre esfuerzo en el trabajo, porque como bien saben los que han ido a Francia, las habicholillas crecen muy rápido y además no se detienen y hay que cogerlas en su momento. Mi hermano y yo en la medida de nuestras posibilidades ayudábamos en lo que podíamos a mi madre. La imagen que se me quedó grabada de aquellos días fue la de ver a mi madre sufrir bastante. La suerte no les acompañaba demasiado. Una y otra vez se les complicaban las cosas.

Durante muchos años para mi padre era un problema no reposar un poco después de comer. No hacer la digestión debidamente le provocaba en ocasiones vómitos de bilis, que naturalmente le resultaban molestas no sólo a El, también lo era para nosotros, porque no era nada apetecible verlo en el lineo de rodillas intentando expulsar las bilis. Pero no podíamos hacer nada. Su responsabilidad hacia el trabajo provocaba que los nervios se apoderaran de El cuando había mucha tarea, y no le permitían estar un segundo parado. Yo he descrito en muchas ocasiones a mi padre con una frase que le hacía justicia, y es así como yo le veía, como a “*una persona a la que no le suponía ningún trabajo trabajar*”. Con estas palabras son con las que yo siempre he querido calificar a mi padre, y ese es el recuerdo que tengo de El, el de un trabajador incansable, al que siempre le acompañó mi madre, una mujer a su medida.

A partir del año 69 y durante ocho años más fuimos a casa de Monsieur Autagne Atienne, nuestro último patrón, en un pueblecito alejado de la zona principal de la movida emigratoria, llamado Monbahus, cerca de Cancón. Durante dos temporadas nos acompañó mi primo Julio, y una Severiano “*El Rajao*” con su familia.

Con Mr. Autagne, como con su mujer, Francine, y su hija Etiennette, tuvimos una relación un tanto especial, por cuanto no fue la típica relación trabajadores españoles – patrón francés. Ya desde el primer día y justo antes de meter las maletas en la *ferme*, no muy distante de la suya y en la que viviríamos solos, el primer detalle que tuvieron con nosotros fue el de regalarnos un puñado de tickets para canjearlos por pan e invitarnos a comer con ellos hasta que nos instalásemos definitivamente. Igualmente nos pidieron que les acompañásemos los domingos a comer en su mesa, y eso valió para los ocho años, e incluso hubo un año que teníamos poco trabajo y con el objeto de que no tuviésemos gastos sin ingresos, solucionaron el problema manteniéndonos durante el tiempo que fue necesario. Las relaciones que mantuvimos con ellos fue prácticamente de familia. Baste decir lo que ocurrió un primer domingo de septiembre, día del levantamiento de la veda de la caza, en el que como era costumbre subimos a comer con ellos. Mr. Autagne era un apasionado de la caza, y ese día tenía por costumbre invitar a sus mejores amigos, que no eran pocos, a cazar con El y por supuesto a comer. Uno de esos días ocurrió que una de las invitadas, una Sra. muy conocida por nosotros, al vernos sentados en la mesa con los demás invitados no debió de gustarle mucho el hecho de compartir mesa con españoles, y así se lo hizo ver a la patrona, Mme. Francine. La patrona le tuvo una contestación muy valiente ya que se trataba una amiga de muchos años. Le contestó que antes de que se levantara Fernando de esa mesa la

levantaría a ella. Aquel hecho lógicamente muy significativo para nosotros por dos razones: La primera es que estaba muy claro que no todos los franceses nos veían igual a los españoles. Era evidente, como en el caso de esta señora, que aunque en determinados momentos nos ofrecían su mejor cara, a la hora de la verdad para ellos éramos españoles y como tal, inferiores. La segunda es que aquel hecho ratificaba que nuestras relaciones con la familia Autagne eran auténticas, demostrándonos el lugar que ocupábamos para ellos.

Monsieur Autagne había decidido sembrar habicholillas por recomendación de algunas de sus amistades, a la vista de los beneficios económicos que se podían obtener. Así lo decidió sin tener ni idea de cómo iba aquello. Su suerte fue encontrar a Fernando, que con su experiencia y la predisposición que tenía no dudo en depositar en El toda su confianza. La comunión Fernando-Autagne fue perfecta durante los ocho años. En lo que se refería a las relaciones de mi madre con la patrona, hay que decir lo mismo. Y en lo que respecta a mi hermano y a mí, desde el primer momento fuimos aceptados en aquella casa con mucho cariño. Disfrutábamos prácticamente de la misma libertad para movernos por su casa de cómo lo hacía su propia hija. Nos hacían partícipes de muchas de sus cosas, como el llevarnos a la piscina algunos domingos, sobretodo los primeros años en que por nuestra edad, mi padre era lógicamente más flexible con nosotros, o invitarnos a dar un pequeño paseo en la avioneta particular de un amigo de la familia que se había desplazado expresamente para eso desde Burdeos hasta Villeneuve Sur Lot. Aquel detalle lo agradecemos mucho mi hermano y yo, ya que fue una experiencia inolvidable y muy emocionante.

En Monbahun los únicos españoles que estábamos al principio éramos nosotros. Aquello fue un acontecimiento. Todo el mundo nos conocía y nos saludaba, sobretodo porque el primer año los patronos vivían en el pueblo y fuimos presentados a mucha gente. Nuestro comportamiento correcto y el hecho de que nos desenvolviésemos bastante bien con el idioma, facilitaba el establecimiento de conversaciones con los lugareños.

Aquel período de ocho años coincidió con nuestra etapa de estudiante en el instituto. Por este motivo mis padres acortaron el tiempo de estancia en Francia, con el objeto de permanecer allí justo el período de vacaciones. Eso evidentemente tenía su coste económico: a menos tiempo en Francia menos ganancias. A veces mi padre lo que hacía era irse El primero, para así ir preparando aquello para cuando nosotros

llegásemos, principalmente cuando ya tuvimos novia, en que empezó a dejarnos hasta que salía el primer autobús después de la Feria de San Pedro.

A pesar de que las temporadas se habían acortado a tres meses, a mi hermano y a mi se nos hacían cada vez más largas. Fuimos tan madrugadores para echarnos novia que si ya de por sí Francia nos gustaba poco, con novia, el verano se nos hacía interminable. Les escribíamos dos o tres veces cada semana, y cuando no recibíamos carta de ellas por alguna razón, el cartero que hacía el reparto por nuestra zona y que resultó ser hijo de padres españoles y además de Torredonjimeno, nos prometía escribirnos una carta si no lo hacían nuestras novias.

Las novias lógicamente tampoco lo pasaban bien. Eran aquellos tiempos en los que generalmente una novia no salía de paseo sin su novio. Mi novia que sólo tenía quince años cuando fui a hablar con su padre, hizo lo que la mayoría, se quedaba sin salir todo el verano. A la hora de salir de paseo dedicaba el tiempo bien a escribirme o a acompañar a su madre y vecinas en la puerta de la casa tomando el fresco. El reencuentro era de una emoción llena de nervios y de ansiedad. Para llegar lo antes posible a casa de mi novia una vez que habíamos llegado al pueblo, lo que hacía era que aprovechaba y en cualquiera de las gasolineras en que paraba el autobús, compraba un poco de gasolina para mi moto. Tantas ganas tenía de verla que me daba igual que fuesen las cinco, las seis o las siete de la mañana, yo cogía mi moto y en un segundo me plantaba en su casa. Naturalmente no la despertaba ni a ella ni a sus padres. Ella sabía que llegaba esa noche y lógicamente me estaba esperando despierta. La misma ansiedad que tenía yo por llegar la tenía ella porque llegase. Era lo mejor de emigrar, volver.

En los últimos años ya éramos mayores y como era natural nuestra obligación era trabajar como tal. Recuerdo que un año, cuando llegamos a Francia, mi padre estaba sofocado porque se habían adelantado un poco las habicholillas y el sólo no podía con el trabajo que se le había venido encima. Llegamos del viaje casi a media noche. Cuando hubimos cenado y hablado un poco con los patronos y con mi padre, nos fuimos a la cama. A las 4'30 mi padre nos estaba llamando. A las cinco estábamos en el tajo y soltamos de coger habicholillas al anochecer, cuando ya no se veía en el campo. Después vino la preparación de lo que habíamos cogido para llevarlas a la fábrica. Entre unas cosas y otras nos dio la media noche. Fue un día agotador. Aquel día se repitió durante todo el mes de julio y parte de agosto. No se me olvidará que comíamos en un tiempo record. Se echaban aproximadamente unas quince horas reales de trabajo al sol

del mes de Julio y después de postre, un par de horas de preparación. Ese año creo que fue el que más dinero ganamos.

Coger habicholillas era un trabajo duro y agotador, por la postura tan incómoda en que se realizaba y además al destajo, con el sol apuntando de lleno a nuestras espaldas, cuando no era la lluvia la que azotaba o los granizos de alguna nube de verano que tan frecuentes y furiosas resultaban ser, sobretudo en el mes de septiembre. El tiempo que duraba la jornada tenía su límite en las horas de luz que tenía el día. Era un trabajo que no permitía dejarlo para otro día. Las habicholillas crecían rápidamente y había que cogerlas con un tamaño ideal para que las pagasen más caras. No valía pensar que cogiéndolas más gordas la pérdida en el precio se compensaba con el mayor peso. No era así como funcionaba la cosa. Si las cogíamos gordas lo que ocurría es que en la fábrica no las querían y además se corría el riesgo de que la pieza de habichuelas se echara a perder y vernos obligados a abandonarla, con la correspondiente pérdida como era natural.

La posición que adoptábamos para coger habicholillas y la cantidad de horas que estábamos en esa posición provocaba que muchas veces nos costase un gran esfuerzo acompañado de un dolor intenso en la cintura, cuando intentábamos ponernos derecho, por lo que había que hacerlo de forma paulatina o como decía mi padre, por tiempos. De los que probaron aquello raro es el que no tiene problemas de espaldas o de cintura. Incluso a los que entonces éramos jóvenes, hoy nos están saliendo aquellos excesos. Más de uno nos trajimos una habicholilla clavada en la cintura y todavía no la hemos soltado.

Otro fenómeno que era conocido por todos los habicholeros, era aquel aire caliente, que cuando azotaba podías ver crecer a las habicholillas, y cuando eso sucedía nos faltaban manos y tiempo para evitar que se pusiesen más gordas de lo necesario. Otras veces el tiempo frío retrasaba su crecimiento y nos veíamos descansando, aunque eso con mi padre ocurría pocas veces, porque si no teníamos trabajo lo buscaba, y sino, nos íbamos a repasar las piezas abandonadas. No obstante alguna que otra vez encontrábamos algún rato para dedicarlos a alguna actividad que no fuese trabajar.

No dejaba de ser una paradoja el hecho de que un número considerable de los que iban a Francia a hartarse de trabajar, lo hiciesen como turistas. Nosotros mismos íbamos cuatro a trabajar y normalmente llevaba contrato mi padre y en muy pocas ocasiones mi madre o yo. Algunas veces cuando he hablado de este tema con Mari Carmen, la hija de Lorenzo, al que todo el mundo conocía por "*Largo Caballero*",

emigrantes como nosotros durante muchos años, me comentaba las lamentaciones de su hermano Luis cuando se veía de turista cargando con un viergo las plantas secas de los guisante cosechados en los remolques.

En el mes de septiembre, cuando a los pocos días de empezar a caer las primeras lluvias a mi hermano y a mí nos encantaba irnos a los bosques de los alrededores a buscar setas que por aquellos lugares eran muy abundantes y deliciosas, o bien nos íbamos a coger nueces o avellanas cordobesas. También íbamos a pescar carpas en un estanque que teníamos, donde se almacenaba agua para poder regar, o a buscar caracoles por la noche con una linterna. El aburrimiento para nosotros no existía en nuestro vocabulario.

Anteriormente he mencionado que después de terminar la jornada en el campo, teníamos que preparar las habicholillas recogidas. Esa preparación consistía en seleccionarlas separando las que considerábamos que eran gordas para que no hiciesen bajar el precio. Las habicholillas gordas no las querían en la fábrica por lo que normalmente se tiraban. Así que coger habicholillas y hacerlo bien era casi un arte. Era costumbre que cada uno tuviese asignado sus lineos y siempre los cogía el mismo. La selección se iba haciendo conforme se cogían de la mata tirando las gordas al suelo, pero era inevitable que se escaparan algunas. Un buen “cogeó” de habicholillas sabía cual era el tamaño que tenía que coger y cual dejar en la planta para que al siguiente día estuviese en su punto y de esa manera evitar que por la noche el trabajo de selección se alargara demasiado. Este trabajo era menos fatigoso, lo malo es que había que hacerlo después de toda una jornada de trabajo. Lo hacíamos generalmente en una habitación destinada a ese menester, oyendo por la radio la mayoría de las noches, un programa que todos los españoles emigrantes recordarán. Ese programa se titulaba “España para los Españoles”. A él dirigían sus cartas todo aquel que quería dedicarle una canción o saludar a un amigo o familiar que estuviese ausente. Aquel programa alcanzó un índice de audiencia tal que sería envidiado por cualquiera de las cadenas de radio o televisión de hoy día. Llegó a ser tal su éxito, que prácticamente todo el tiempo que duraba era invertido en dar a conocer los saludos y felicitaciones que la gente dedicaba. Las canciones casi pasaron a segundo plano porque no daba tiempo a ponerlas. Los discos que en más ocasiones pusieron, y de eso no me cabe la menor duda, fueron el de “El emigrante” de Juanito Valderrama y “Que viva España” de Manolo Escobar. La añoranza que sentíamos por nuestra tierra, provocaba que a más de uno y una se le saltasen las lágrimas al oírlas.

A las habicholillas gordas a veces se les encontraba aplicación. Si eran tiernas se las regalábamos a alguien o las consumíamos nosotros mismos. Aunque lo normal cuando había muchas es que las tirásemos porque en la fábrica no las querían. En cierta ocasión ocurrió que una familia que vivía cerca de nosotros y que tenían una granja de gallinas, nos propuso cambiar huevos por las habicholillas que desechábamos. Nosotros aceptamos su propuesta, y un día nos plantamos mi hermano y yo en su casa con casi un saco de habicholillas. Nuestra sorpresa aquella primera vez fue ver cuando abrieron la puerta, el montón de hijos que tenían. Todos salieron a vernos conforme les pilló en ese momento. Unos vestidos, y otros no tanto, entre los que había alguna joven que no le importó que la viésemos a medio vestir. Nos inundaron de preguntas y se sorprendían de ver la facilidad con la que les contestábamos en su idioma.

Toda esta rutina era complementada con otros trabajos. En las primeras temporadas, antes de las habicholillas, en el mes de mayo y primeros de junio estaban los guisantes y otras veces como complemento para cuando las habicholillas fallasen teníamos hasta diez mil plantas de tomates para coger. Cuando había tiempo libre hacíamos trabajos como: quitar las hierbas a los lineos de las habichuelas o mudar la instalación de riego cuando podíamos; colaborar con el patrón en la recogida de ciruelas, melocotones, etc., vendimiar los viñedos que tenía para su consumo particular; o coger la cosecha de tabaco; ayudarle a guardar el forraje y la paja para el invierno o como nos ocurría con monsieur Autagne, dar de comer a los aproximadamente trescientos marranos que tenía solía ser habitual, sobretodo si el patrón era merecedor de tales favores. En nuestro caso mi padre consideraba que era merecedor de que le echásemos una mano.

De todo esto hace tiempo que llegué al convencimiento de que tengo que estar agradecido a mis padres, ya que nos educó para que fuésemos válidos para todo, y además para que no sintiésemos vergüenza de lo que hemos hecho ni de decir que hemos emigrado, todo al contrario, yo siempre me he sentido orgulloso de poder decir que he hecho muchas cosas, todas ellas honestas, como es el trabajar para comer. Esa fue una de las mejores lecciones que he podido aprender de mis padres: la sencillez y la honestidad para conmigo mismo y para con los demás.

En el verano del 75, cuando estaba a punto de convertirme en universitario, ocurrió un hecho muy importante en España del que se hicieron eco todos los países democráticos, y que los que nos encontrábamos fuera lo pudimos vivir de distinta forma

a los que se encontraban en España. Ese hecho fue el fusilamiento de cinco personas el 27 de Septiembre de 1975.

Al margen de toda concepción política, y partiendo del hecho de que la información que se daba en España de aquel proceso, era la que al gobierno le interesaba. Fuera de nuestras fronteras la cosa no era igual. España no tenía buen cartel, dijese lo que dijese nuestros políticos y los libros de texto que teníamos en la asignatura de Política que nos enseñaban en el instituto.

Era mi onceava temporada en Francia. Tenía 19 años y con la formación y experiencia suficiente para que nadie tuviera que convencerme de que España realmente era diferente. Yo pude ver como se trato el tema a través de los medios de comunicación de Francia. Las críticas negativas hacia Franco fueron de todas las clases. Pero a veces, como todos sabemos una imagen vale más que mil palabras.

Era domingo y ya sólo nos faltaban tres o cuatro días para retornar a España. Como todos los domingos al medio día, estábamos comiendo en casa del patrón. Durante el tiempo que duró la comida pasaron por televisión la noticia del fusilamiento, con la imagen del mapa de España del que brotaba una chorro de sangre en el norte y terminada cubriendo toda España. Aquello me causo una fuerte impresión. No fue nada apetecible ver aquello, y aunque todas las críticas iban dirigidas hacia el gobierno, para cualquier español no era agradable ver que continuamente recibíamos críticas por causa de nuestro régimen político. Críticas que evidentemente eran lógicas y merecidas. España quería convertirse en un país moderno al estilo europeo, pero estaba claro que con actos como ese, difícilmente conseguiría el beneplácito y la aceptación de nuestros vecinos europeos. Todo esto alimentaba en mi el deseo no deseado de no volver a España hasta que la situación política cambiase por otra más justa para todos. Evidentemente no lo hice. Tenía poderosas razones para no hacerlo: mi novia, mis estudios y la esperanza de que las cosas no tardarían en cambiar.

En el año 76 ya había cumplido veinte años. Era la doceava temporada y evidentemente estaba harto de Francia. Aquel año la temporada fue muy corta. Llovió mucho y a mediados de Septiembre estábamos de vuelta. El curso anterior que fue el primero de carrera no me fue nada bien, decidí no seguir y hacer la mili. Mi hermano se fue a Sevilla a hacer Ciencias Empresariales y mi padre empezó a trabajar regularmente con el Ayuntamiento. Hablé con mi padre y le dije que cuando viniese de la mili no iría más a Francia. Opté por preparar unas oposiciones y las aprobé. Más tarde, casado y con la tranquilidad de tener un empleo fijo me licencié en derecho, así cumplí uno de los

deseos de mi padre a la vez que me sirvió para aprobar esa asignatura que se me quedó pendiente, y también para reconciliarme conmigo mismo.

Del tema de la emigración se ha escrito mucho. Ha sido un fenómeno que tuvo una repercusión muy importante en la economía española, que indudablemente tuvo que interesar y hablar de él personas de reconocido prestigio en la política y en las letras.

A continuación hago una exposición de algunos artículos sacados de publicaciones y en los que he intercalado algún comentario mío. El primero de ellos fue escrito por el que fuera Defensor del Pueblo, Joaquín Ruiz-Jiménez, y publicado en una revista que el mismo fundó, llamada “Cuadernos para el Diálogo”.

Ruiz-Jiménez¹ comenta lo difícil e inhumano que sería volver la cabeza hacia atrás sin ira, y sintetizar fríamente la década de los sesenta de emigraciones de españoles más allá de nuestras fronteras de cara a su futuro. Y aunque resultara paradójico en aquellas fechas, como El bien decía, quizás se debería pedir angustiosamente el reconocimiento y proclamación de un contraderecho: *el derecho a no emigrar*, o mejor dicho, *a no tener que emigrar*. Denuncia la burda falacia imperante en las esferas oficiales y paraestatales que supone interpretar a la llana el fenómeno emigratorio español, **como un derecho natural**, el resultado del ejercicio del derecho natural a trabajar y producir donde cada uno quiera, según unas coordenadas de posibilidades socio-económicas geográficas y particulares; o justificarlo simplemente, encuadrándolo dentro de la actual coyuntura neocapitalista occidental, como un exponente más del problemático y conflictivo desarrollo europeo. Y cruzarse de brazos.

He destacado la anterior frase de considerar el fenómeno emigratorio como un derecho natural. A esto tengo que hacer el siguiente comentario en la parte que me toca como consecuencia de mi experiencia como emigrante y siempre teniendo en cuenta el tipo de emigración que realicé, y sin miedo a equivocarme porque con toda seguridad no me equivoco, creo que ninguna de aquellas personas que conozco y que sufrieron la emigración, y todos aquellos que sin conocerlos fueron compañeros y acompañantes de esos viajes con destino, otro país, llegasen a considerar la emigración como un derecho natural, sino más bien como el natural derecho que tenemos a buscar trabajo donde lo haya, como medio natural de proveernos de los bienes necesarios para poder sobrevivir.

¹ “Emigración sin salida ni retorno” de Joaquín Ruiz-Jiménez Aguilar.- Cuadernos para el Diálogo.- Diciembre 1973. Pag. 59.

Porque aquella emigración que yo conocí no se hacía libremente como aquel que deja su trabajo porque le han ofrecido otro mejor fuera de su tierra. Los andaluces y demás españoles residentes en las regiones menos favorecidas, que emigramos en los años sesenta y setenta lo hicimos no para encontrar un trabajo mejor, sino un trabajo, puesto que en nuestra tierra para los trabajadores del campo, o mejor dicho, para los peones del campo, el trabajo era y es discontinuo, estaba muy mal remunerado y sin derecho a un subsidio de desempleo como hoy se les reconoce para cuando les llega el paro forzoso. Los períodos de inactividad que se producían regularmente entre jornal y jornal, desembocaban en un estilo de vida muy ahorrativo y previsor. Todo esto se traducía en algo que es natural en todo ser humano: en buscar recursos para sobrevivir donde los hubiere. Si para ello había que emigrar, se emigraba, pero no porque eso sea un derecho natural que se nos reconoce al nacer, comparable con el derecho a la vida o a la libertad, que sí son derechos naturales que nadie debe violar. El derecho a emigrar lo entiendo como aquel derecho que los gobernantes deben reconocer, pero que a su vez deben evitar que aparezca la necesidad de ejercerlo, garantizando y reconociendo el derecho efectivo a un trabajo digno y suficiente, y cuando esa garantía no pueda ser cumplida, facilitar el derecho a buscarlo en otro sitio, poniendo todos los medios para que se realice en unas condiciones que no menoscabe la dignidad de las personas, bien mediante acuerdos y tratados bilaterales o multilaterales con otros países, que protejan los verdaderos y legítimos derechos de todos los trabajadores, a través de regulaciones más justas y controladas por organismos supranacionales que se hagan respetar.

Ruiz-Jiménez nos facilita en su artículo algunos datos numéricos sobre la emigración sacados de estadísticas contrastadas de las que obtuvo los siguientes datos: Uno de cada diez españoles tenían que *trabajar para vivir necesariamente fuera de España*. En realidad –emigración clandestina, semituristas, temporeros no censados, familiares escondidos, etc.- *uno de cada nueve*. De cada cinco españoles en situación productiva, uno desarrollaba su actividad en beneficio directo de economías extranjeras y sólo indirectamente de la economía nacional. Del trabajo y esfuerzo productivo de más de tres millones y medio de productores activos españoles que trabajaban en el extranjero (el 25 por ciento de la población activa) dependen de algún modo económicamente casi otros diez millones de españoles pasivos (familiares no activos, etc.) que vivían dentro de nuestras fronteras. **La emigración forzosa se había convertido en un problema monstruo, aunque desde casi todas las esferas públicas españolas se minimizara y arrinconara.**

La inhibición de los poderes públicos no ha sido descuido: la emigración en palabras de Ruiz-Jiménez representaba la más rentable válvula que aliviaba el paro real y encubierto. Que con sus remesas, que en la década de los 60 alcanzaron los 200.000 millones de pesetas en divisas convertibles, **se compensó en una parte muy sustancial nuestro déficit comercial con el exterior y nuestra balanza de pagos**, siendo el resorte más firme para asegurar la tasas de crecimiento y elevados niveles de reservas. Multitud de problemas de infraestructura quedan aplazados *sine die*. Se evitan medidas drásticas tanto en el orden económico, como político social, que sería contraproducentes para nuestro sistema.

De la Historia de España de la colección Historia 16, he sacado los siguientes datos, también muy interesantes sobre el tema.

De² todos es sabido la influencia que tuvo la Guerra Civil del 36 en nuestro País. Fue un freno en el proceso de urbanización e industrialización y la incidencia que sobre el crecimiento de la población tuvo la contienda tanto en lo referido a la natalidad como a la mortalidad, sin olvidar la emigración exterior, que se había dirigido principalmente a América. A partir de los años 60 esa emigración se va dirigiendo a Europa debido a la intensa mano de obra de los países europeos avanzados, así como al proceso iniciado en España de desagrarización y de incremento del paro como consecuencia del Plan de Estabilización.

Desde 1961 la emigración hacia Europa superó por vez primera a la transoceánica. La media anual (entre 1963 y 1973) de emigrantes a Europa fue cerca de 84.000 personas, quebrándose a partir de 1974 como consecuencia de la crisis económica que afectó a los países de destino. Pese a esta última tendencia, a principios de los años setenta el número mayor de españoles fuera de nuestro país seguía encontrándose en América (2.223.883), seguida de Europa (1.182.264), concentrándose entre ambos continentes el 98% del total de emigrantes.

² HISTORIA DE ESPAÑA.- El final del franquismo, 1959-1975. La Transformación de la sociedad española.- Abdón Mateos y Alvaro Soto.- Libro 29 de Historia 16. Temas de hoy.

La emigración continental se centró en más de un 90% en la República Federal de Alemania, Francia y Suiza. Al primero de dichos países, según cifras oficiales, emigraron entre 1961-1975: 406.625 españoles; esta cantidad aumenta, si consultamos las estadísticas del país de destino, a 564.590. En todo caso las cifras citadas siguen siendo objeto de polémica y algún autor como Guillermo Díaz-Plaja no duda en afirmar que la presencia de españoles sobrepasó ampliamente el millón. La economía alemana buscó en la mano de obra extranjera apoyo para su expansión industrial y de servicios, **ocupando a los emigrantes en los puestos de peonaje, en los trabajos más duros y peligrosos.**

La emigración a Francia se combinan dos tipos de emigración, por un lado la permanente, que oscila entre 1961 y 1975, según las fuentes, entre 235.166 personas según las cifras oficiales y 496.866 según las estadísticas francesas; aunque, al igual que ocurre con Alemania, la cifra real fue mayor. Por otro lado se asiste a un importante emigración temporal, que para el período de tiempo anteriormente señalado asciende a 1.468.565 españoles. Esta última tiene un signo claramente agrícola, ya sea en la remolacha de las regiones bretonas y del Norte en general, como en el arroz y sobre todo en la vendimia de Languedoc, la Provenza y el Rosellón. El origen de los españoles que emigran a Francia se centra en las zonas levantina, andaluza y extremeña.

Esta importante emigración exterior supuso una válvula de seguridad para la economía española, incapaz de absorber la oferta de mano de obra disponible y así mantener los niveles de desempleo en porcentajes muy bajos. Pero además implicó la llegada de remesas, que durante la década de los sesenta alcanzó los 3.000 millones de dólares. El nivel anual a partir de 1970 se situó por encima de los 470 millones de dólares, cantidad nada despreciable, equivalente nada menos que al 25% del valor de nuestras exportaciones y al 35% del déficit comercial exterior, configurándose así en la segunda partida en importancia de ingresos por divisas tras el turismo.

Junto a la emigración exterior, se produjo un intenso desplazamiento de la población dentro de España, dando como resultado dos realidades contrapuestas (dos Españas): una que tienden hacia la congestión poblacional y otra a la desertización; una que atrae y otra que repele población. Esta emigración se dirige principalmente hacia núcleos urbanos como Madrid-ciudad, Barcelona, Guipúzcoa y Vizcaya. Como

consecuencia de estos movimientos se acelera el proceso de urbanización, es decir, el proceso por el cual un volumen creciente de población pasa de residir en comunidades rurales a hacerlo en ciudades.

Quiero terminar este corto relato sobre la emigración a Francia, no sin hacer una muy breve valoración sobre el aspecto positivo que tuvo aquello.

Sin olvidar lo mucho de negativo que conlleva tener que emigrar, creo, y estoy convencido de que aquella emigración también tuvo su parte positiva. Por un lado las divisas que entraban en España sirvió para crear mano de obra. Si un pueblo crece como lo hizo el nuestro, la construcción, el comercio, y los servicios tuvieron que aumentar como era natural. El aumento en la demanda de personal especializado en trabajos distintos de el del campo empezó a surgir. Esto, y la crisis económica que apareció en Europa a finales de los años 70, provocaron un descenso de la emigración.

Por otro lado, todos aquellos que a sus treinta y algo de años emigraron en las décadas de los 60 y 70, han empezado a jubilarse. Para muchos de ellos la pensión francesa les está resultando un complemento muy importante a la pensión española, máxime en los matrimonios en los que los dos cónyuges son beneficiarios.

También vuelvo a mencionar por lo de positivo que ha tenido, el acceso a la universidad de muchos emigrantes e hijos de emigrantes.

En fin, dicho todo esto, sólo me queda dar las gracias a nuestra Escuela Municipal de Adultos “Miguel Hernández” por haberme ofrecido la oportunidad de dar publicidad a un proyecto que rondaba en mi mente desde hacía tiempo y que por unos motivos u otros no había podido llevar a cabo.